

José Tolosa Hernández

Espontáneas

VERSOS



MURCIA

Imp. Suc. de NOGUÉS

1907

José Tolosa Hernández

Espontáneas

VERSOS



MURCIA

Imp. Suc. de NOGUÉS

1907



DMU

8024

tit. 38688

cb 1476359

A mi gran amigo

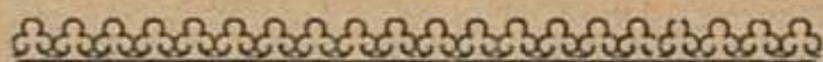
Joaquín Payá

Este libro no es, ciertamente, digno de tu mucho talento y exquisita cultura. Pero también es cierto que lo que á él le falta de mérito me sobra á mí de buena voluntad para dedicártelo.

Acéptalo, pues, como un recuerdo cariñosísimo de tu amigo de siempre,

José Tolosa Hernández

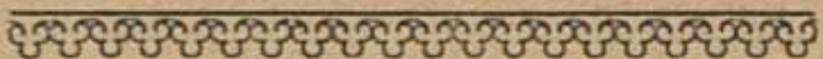




✿✿✿ AL LECTOR ✿✿✿

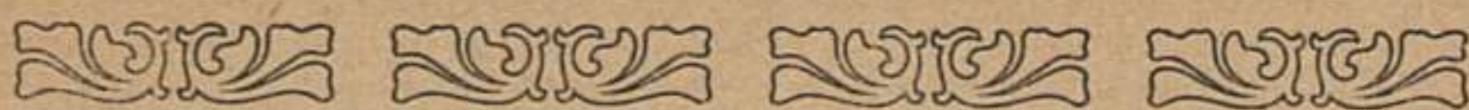
Al dar á luz este nuevo libro de versos—el octavo que publico de la misma clase en catorce años—me parece oportuno transcribir, en disculpa de las inevitables deficiencias que lleva consigo el producir mucho, las siguientes palabras de Campoamor:

“Eso de que un autor no publique más que una ó dos docenas de las composiciones que crea más superiores, como si èl empezase por donde los demás concluyen, tiene no sé qué de preparado y teatral que repugna á la franqueza de mi carácter.”



Al fran postal municipal
D. Ricardo Sanchez Mendigal

su amigo
Poloz



CANTO DE AMOR

A MURCIA

¡Murcia, bendita Murcia, risueño paraíso,
á quien amparo brinda la Torre con su cruz;
ciudad de mis amores, donde la suerte quiso
que abriéranse mis ojos para gozar tu luz!

Te adoro como á madre, en cuyo blando seno
las dichas más alegres, más íntimas sentí;
por eso de cariño y de entusiasmo lleno
¿á quién con más agrado podré cantar que á tí?

Acaso de tus hijos yo soy el más oscuro;
no tengo para honrarte ningún valioso don;
pero para quererte con el amor más puro,
¡para eso, tú lo sabes, me sobra corazón!

De mi cariño en prenda, cantarte desearía
en versos inmortales, como mereces tú,
y que mostrar á todos pudieras mi poesía
mejor que una corona y un manto de tisú.

♦ Cantar quisiera, ¡oh Murcia!, cuanto á tu honor da brillo,
tu vega deliciosa, tu cielo sin igual,
la pluma de Saavedra y el genio de Salzillo,
tus viejas tradiciones, tu augusta Catedral;

tus hijas sin rivales, cuya belleza encanta,
tus huertos deleitosos de perennal verdor,
tus blancos azahares, tu celestial Fuensanta,
que es símbolo bendito de tu acendrado amor;

cuanto tu nombre cubre con resplandor de gloria
y con orgullo extiende la fama por doquier;
¡todo lo que las páginas agrande de tu historia,
pregone tu hermosura y ensalce tu valer!

Pero ¡ay!, que no me es dado cantarte como quiero;
mi lira es insonora, me falta inspiración;
¡y tú mereces tanto!... Mas con amor sincero
con mi cantar humilde te doy el corazón!

Escúchalo benigna; tal vez con su latido
te diga más que el labio pudiérate decir.—
Él te dirá temblando que, como en tí he nacido,
en tu regazo amante también quiero morir.

Él te dirá que eres, ciudad por mí adorada,
la que más bella juzgo del ámbito español;
el valle más alegre, mansión la más preciada
de todas las que alumbra desde su trono el sol;

que ausente de tu suelo vivir yo no podría;
que cuanta gloria ansío la quiero para tí;

¡que ser digno hijo tuyo, ¡oh Murcia!, esa sería
sin duda la más grande ventura para mí!

Él te dirá que nutres la esencia de tus flores
con los sagrados restos de seres que adoré;
que tú eres el resumen de todos mis amores,
á quien mis dulces sueños y afanes consagré.

Él te dirá que nada tan grato es á mi oído
como lo es de tus aves la plácida canción,
de tu vibrante Nona el mágico tañido,
el ritmo de tus brisas y de tu río el son;

que nada ver me place como tus noches bellas,
de tus auroras fúlgidas el sonrosado tul,
tus fiestas, tus mujeres, tus flores, tus estrellas,
tu huerta exuberante, tu cielo siempre azul.

Él te dirá que todas tus ansias hago mías,
que todos tus pesares encuentran eco en mí,
que son tus regocijos también mis alegrías,
¡que para mí es el orbe lo que se encierra en tí!

Y él te dirá que anhelo que bienhechora suerte
presida tu existencia del mundo hasta el final,
y que por rica y grande, por venturosa y fuerte,
perpétuamente goces de fama universal.—

Así, si tú lo oyes, sin estudiado aliño,
mi corazón, ¡oh Murcia!, te contará su amor,
lo mismo que á su madre le habla tierno niño,
lo mismo que á su amada sincero trovador.

¿Y de qué otra manera podría acaso hablarte,
aunque yo de otro modo pudiérame expresar,
si lucir no pretendo mi númen al cantarte,
ni con adornos vanos mi amor desfigurar?

Ciudad de mis amores, ¡oh noble patria mía!,
á quien le presta sombra la Torre con su cruz,
¡igual que en tí los ojos abrí á la luz del día
yo quiero que en tu seno se cierren á la luz!

Yo quiero en tu regazo hallar eterno asilo,
para que de ambos sea más íntima la unión;
¡así mi último sueño será un sueño tranquilo!
¡así nutrir tus flores podrá mi corazón!



MAL GÉNIO

Sin razón los que me tratan
dicen que tengo mal génio,
siendo así que soy amable
y natural en extremo.

Es verdad que me incomodo
y pongo el grito en el cielo
cuando una traición descubro
ó alguna injusticia veo.

Es verdad que no transijo
con el hipócrita pérfido
que con santa mansedumbre
nos deja hasta sin pellejo.

Verdad que no estoy conforme
con el ruín usurero
que al pobre le presta uno
y luego le cobra ciento.

Verdad que me llenan de ira
la vanidad de los necios,
la soberbia de los ricos,
la altivez de los pequeños.

Cierto que me inspira enojos
ver humillado el talento,
mientras que tunos con suerte
logran los primeros puestos.

Cierto que también me irrita
saber que pasan por buenos
muchos que de bueno solo
tienen lo que yo de clérigo.

Cierto, sí, que me subleva
ver tanto mal sin remedio,
tanta infamia sin castigo,
tanto crimen encubierto...

Pero ingénuamente hablando:
¿cuál será aquel hombre sério
que esas cosas y otras muchas
las pueda mirar sereno?

Yo, con franqueza lo digo,
cuando pienso en ellas siento
que se me enciende la sangre
y se me crispan los nervios.

Nadie de conciencia honrada
y de nobles sentimientos
podrá jamás en la vida
transigir con tales hechos;

pues es cosa que dá lástima
y que indigna al mismo tiempo,

ver tanta maldad triunfante
y tanta virtud gimiendo.

Yo dudo que exista un hombre,
al menos así lo creo,
que acerca de estos asuntos
no piense igual que yo pienso.

Por eso me admiro cuando
dicen que tengo mal génio,
aunque á mí no se me importa
el que lo digan ni un bleo.

Mas por si acaso lo dicen
por los motivos expuestos,
¡sepan que estoy muy conforme
con este génio que tengo!



ENVIDIA...

PARA CARMEN RUIZ-FUNES

Yo, que en la vida sentí
de la envidia el aguijón,
hoy me entrego á esa pasión;
hoy tengo envidia... de tí.

¿Te admiras? Desecha el vivo
asombro con que me miras;
de esa pasión que me inspiras
yo te explicaré el motivo.

No eres niña ni mujer...
Te encuentras en esa edad
en que la felicidad
nos sonríe por doquier;

en los años seductores,
libres de dudas y cruces,
en que el cielo es todo luces
y la tierra toda flores;

en que todo en lontananza
forma un dichoso concierto
para el corazón abierto
á la bendita esperanza;

en que todo en el hogar
nos arrulla y nos recrea,
porque todo en él desea
nuestro eterno bienestar.

En los risueños umbrales
de tu existencia florida,
sólo te ofrece la vida
sus venturas á raudales.

Para tí sólo es el mar
lago de limpios espejos;
la luna, con sus reflejos,
hada que invita á soñar;

el campo todo verdor,
todo canciones el ave,
besos el áura suave,
gratos perfumes la flor;

y en esa atmósfera bella
que te circunda amorosa,
tú brillas esplendorosa
como en el cielo una estrella.

Todo te brinda alegría
y cariño en bien fecundo,

porque vives en un mundo
todo ilusión y poesía.

Tú feliz marchando vas
hacia una mañana hermosa
y yo tu edad venturosa
la dejé hace tiempo atrás.

Aún te presta sus destellos
la inocencia bendecida
y ya el polvo de la vida
blanquea entre mis cabellos,

siendo inútil que volver
hacia tus años pretenda,
que no es posible en la senda
del tiempo retroceder.

No soy viejo todavía,
mas siéntome entristecido
cuando la distancia mido
que hay de tu edad á la mía,

aunque entre unos y otros años
la distancia es lo de menos;
lo que duele es que están llenos
de afanes y desengaños.

De mi envidia, aunque sin arte,
es esta la explicación;
ya ves si tengo razón
sobrada para envidiarte.

No eres niña ni mujer...
¿Quién no envidiará tu edad
cuando la felicidad
te sonríe por doquier?

MAYO 1906



CONFETTI

I

Yo quisiera que mis versos
diamantes y rosas fueran,
para inundarte de luces,
para embriagarte de esencias.

II

Llevas cubierta la cara;
mas no importa, te conozco...
¡No hay otra como tu gracia!

III

Nadie al verte pondrá en duda
que mereces los honores
de que te lleven en andas
y que al pasar te echen flores.

IV

Es inútil que te vistas
de manola ó de pasiega;
por mucho que te disfraces
pareces siempre una reina.

V

Mírame como tú sabes...
de ese modo que parece
que el cielo ante mí se abre.

VI

Del carnaval del amor
disfrutemos sin medida.
¡Todo es placer!... ¿Quién se acuerda
del Miércoles de Ceniza?



NOCHE TRÁGICA



¡SANTOMERA!

—o—

(26 SEPTIEMBRE 1906)

I

Era una noche espantosa
que desastres presagiaba;
el cielo se desgajaba
en lluvia tumultuosa.

Rugía la tempestad
amenazante, terrible,
haciéndola aún más horrible
la nocturna oscuridad.

Del trueno al continuo son
el espacio retemblaba
y el temor se apoderaba
del más firme corazón.

Era tan ruda la guerra
que al mundo el cielo le hacía,
que al hombre le parecía
que iba á sucumbir la tierra.

¡Noche tan llena de espanto,
no es posible que acabara
sin que su paso dejara
grabado con pena y llanto!

¡Y lo grabó—triste suerte—
que aquella noche fatal
era un aborto infernal
de destrucción y de muerte!

En la sombra y á traición,
porque el daño mayor fuera,
cayó sobre Santomera
desenfrenado turbión,

y entre gritos y gemidos
de los pobres inundados,
fueron por él arrollados
niños y ancianos dormidos,

que en su horrible desventura
ni aun defenderse pudieron;
¡cuando del sueño volvieron
hallaron la sepultura!

Cuadro de inmenso terror
se ofreció al rayar el día,
porque solo se veía
luto y muerte en derredor.

Derrumbadas las viviendas
por el furor del torrente,

horrorizada la gente,
arrasadas las haciendas,

de muertos lleno el fangal...
¡y aun el cielo amenazante,
cual si no fuera bastante
tanto duelo, tanto mal!

II

Del turbión la negra ola
te azotó con saña fiera;
mas ya lo ves, Santomera,
en tu dolor no estás sola.

Ante la queja sentida
que en tu desastre has lanzado,
la caridad ha brotado,
que nunca al que sufre olvida,

y en pos de la tempestad
que ha producido tu duelo,
como un raudal de consuelo
á tí va la caridad.

Ella alzará tus viviendas
por las aguas destruidas
y dejará convertidas
en verjeles tus haciendas;

y en los hoy tristes hogares
que silenciosos están,

otra vez resonarán
risas y alegres cantares;

¡que es un continuo vaiven
la vida sobre la tierra,
y si tras la paz hay guerra
en pos del mal surge el bien!



AMOROSA

¿Que no te quiero, me dices?
¿Por qué lo dudas, hermosa?
¿Acaso el tierno amor mío
no lo demuestran mis obras?
¡Oh! ¡Calla! ¡No más me digas
que mi pecho no te adora,
que ofenden á mi cariño
esas frases de tu boca!
Si yo te juro, alma mía,
que te idolatro á tí sola,
que eres mi fe, mi esperanza,
mi ilusión, mi dicha toda;
si yo te juro, mujer,
que, entre caricias que arroban,
tus abrazos son mi vida
y tus besos son mi gloria;
si yo te juro que solo
mi corazón ambiciona
vivir tan junto contigo
como la perla y la concha;
si yo te juro que todo
sin tu cariño me sobra,
pues sin él hasta la vida

la juzgo una carga odiosa;
si eso te juro y lo prueban
mi hechos á todas horas,
¿por qué dudas que te quiero?
¿por qué lo dudas, hermosa?
¡Calla, porque esos recelos
me causan penas muy hondas,
y aunque mi pasión no matan
en triste inquietud me engolfan!
Aleja, sí, esos temores
que la dulce paz te roban.
¿No sabes que eres mi vida?
¿No sabes que eres mi gloria?



¡PERDÓN!

I

Cuando Cristo á su pasión
puso término en la cruz,
como un manantial de luz
brotó en su boca el ¡Perdón!

Palabra que de consuelo
tesoro infinito encierra,
al pronunciarse en la tierra
unió con la tierra el cielo.

Es la más santa y sublime
que en el mundo ha resonado;
es de amor para el malvado,
es de paz para el que gime.

Al oirla se serena
la conciencia borrascosa
y se cambia en pudorosa
la impúdica Magdalena.

En esa palabra está
del eterno bien la clave

y aun después que el mundo acabe
resonando seguirá.

II

¡Corazón! Vive cerrado
á la venganza que ciega;
quien á perdonar se niega
¿cómo ha de ser perdonado?

¡Vé si es noble perdonar,
que hasta el mismo Redentor
no encontró nada mejor
para su obra coronar!



ÍNTIMA

Viendo á mis dos pequeñas
locas volverse
cuando llega á sus manos
algún juguete,
su dicha envidio
y alguna vez exclamo
¡quién fuera niño!

Un juguete cualquiera
feliz las hace;
su comida y su lecho
con él comparten,
y aun cuando duermen
se acuerdan entre sueños
de su juguete.

Me producen molestias
en ocasiones,
con sus carreras, saltos,
risas y voces;
pero ellas gozan
¿y quién les dice nada?
¡Son tan dichosas!...

Como el juguete aprecian
más que un tesoro,
quitárselo supone
matar su gozo;
y yo por eso
aunque á mí me molesten
jugar las dejo.

—

¡Que jueguen como juegan
las pobrecitas!
¡Quién sabe si mañana
será la vida
para ellas triste
y llorarán acaso
más que ahora rien!

—

Jamás dichas el mundo
podrá ofrecerles
como las que hoy disfrutan
con sus juguetes.
Por eso digo,
su alegría envidiando,
¡quién fuera niño!



AL EMPEZAR EL AÑO

Á JOSÉ SALVAT

Hundióse para siempre del tiempo en los abismos
el año que ha pasado, y el nuevo comenzó;
sus días y sus meses serán también los mismos;
igual será en la forma, pero en la esencia no.

Lo que le dé carácter, lo que ha de distinguirlo
de todos los que fueron y han de venir detrás,
en vano es que los hombres pretendan conseguirlo
hasta que el fin le vean... ¡si es que lo ven quizás!

El año que comienza es un profundo arcano,
un libro cuyas hojas nadie puede volver,
¡que es el poder del hombre tan mísero, tan vano,
que apenas lo presente logra palpar y ver!

La sombra y el misterio lo cercan por doquiera
cuando anhelante tiende la vista al porvenir;
él domará los mares y surcará la esfera,
¡pero jamás la hora sabrá en que ha de morir!

El año ha comenzado, ¿qué encerrará en su seno?
¿Con ruda saña al mundo castigará tenaz?

¿Vendrá de tempestades ó de venturas lleno?
¿Traerá fieras discordias ó el ramo de la paz?

Acaso verá el mundo lo mismo que chacales
hermanos contra hermanos furiosos contender;
acaso entre reflejos de teas y puñales
sólo miseria y ruinas se encuentren por doquier.

Acaso desterrando ruindades y rencores
veráse el hombre libre de la presión del mal,
y entre armoniosos cantos de dichas y de amores
prodigará sus bienes la paz universal.

Acaso ya la tierra de producir cansada
lanzará su terrible postrer palpitación,
y surcará el espacio, de nieve coronada,
por siempre convertida en mudo panteón.

El año ha comenzado, ¿qué es lo que en él se encierra?
¿Quién puede en sus entrañas oscuras penetrar?
¡Misterios en los cielos!... ¡Misterios en la tierra!...
¡Misterios que no saben los hombres descifrar!

Es grande, es poderosa, la altiva ciencia humana:
¿qué asunto, qué problema no sabe ella inquirir?
Pero el poder del hombre se estrella ante el mañana;
¡jamás podrá el secreto romper del porvenir!



EL AMOR

I

Sol que las nubes incendia
con sus llamas centellantes;
volcán que fiero quebranta
las cadenas de su cárcel;
torrente que ronco ruge
queriendo ensanchar su cáuce;
golfo que revuelto gime
con rumor de tempestades;
huracán que se desata;
rayo que violento cae;
manantial que el freno rompe...
¡eso es el amor que nace!

II

Hoja que del árbol baja
y que en el surco se pierde;
flor que sobre el tallo seco
inclina la mustia frente;
luz que palpita insegura
sobre montañas de nieve;
ave que triste y lloros a

volver al nido no puede;
ola que sin rumbo rueda;
llama que calor no tiene;
nota que sin eco vibra...
¡eso es el amor que muere!



¡NO SE FINGIR!

La mujer á quien yo adoro
con delirio, como ciego,
posée un corazón de fuego
que vale más que un tesoro.

Con sus graciosas caricias
calma todos mis agravios,
y es el beso de sus labios
la mayor de mis delicias.

Más hechizos atesora
su cuerpo airoso y gentil,
que aves y flores Abril
y rayos de luz la aurora.

Ella es la hermosa ilusión
que me inspira sonriente,
por quien tanto sufre y siente
tanto amor mi corazón.

Por ella mi alma herida
sueña con dulces antojos,

y sin la luz de sus ojos
fuera un tormento mi vida.

Yo la adoro, y mi amor santo
es tan grande, tan profundo,
que dudo que haya en el mundo
otro que pueda amar tanto.

Pero si mi pasión loca
raya por ella en exceso,
es... por la gloria del beso
con que me embriaga su boca.



FERNÁNDEZ CABALLERO

(EN UNA VELADA)

Vengo á rendir el tributo
de mi llanto y de mis versos
á la memoria sagrada
del compositor egregio
que en las cumbres de la gloria
grabó, para orgullo nuestro,
junto á su nombre el de Murcia,
con resplandores eternos.

Hacemos bien en llorarlo
y bien en honrarlo hacemos,
porque al caer en la fosa
el inolvidable muerto,
hemos perdido en la esfera
en que se mueven los genios,
de nuestros gloriosos timbres
el que era el timbre primero.

Mas no es mucho que nosotros
al genial artista honremos,
cuando por él lloró España
y el Arte vistió de duelo,

y en torno de su cadáver
formaron un coro inmenso
los elogios más ardientes
y los más hondos lamentos.

Nadie supo como él
sondar el alma del pueblo,
con todas sus alegrías,
con todos sus desalientos,
y después, en el pentágrama,
con instinto más certero
traducirla en notas tristes
ó en varoniles acentos.

Para nosotros su música
es lenguaje que entendemos,
porque al oirla parece
que flotan entre sus ecos,
perfumes de nuestras flores,
murmullos de nuestros céfiros,
cadencias de nuestro río
y luces de nuestro cielo.

Mas también, para su gloria,
al resonar en el viento
los acordes inspirados
á que dió vida su genio,
lo entiende el aragonés,
el andaluz y el gallego,
¡y España entera le aplaude
como nosotros hacemos!

Glorifiquemos el nombre
del inmortal Caballero,
aunque para ornar la frente
del venerado maestro
ni hay palmas en nuestra vega,
ni hay flores en nuestros huertos,
¡que son muy pocas tratándose
de enaltecer su talento!



Á MI MUJER

Soñábamos con un nido
que en nuestro amor nos forjamos.
¡Qué felices nos juzgamos
al mirarlo concluido!

Mas ya viviendo en su centro,
dijimos:—¡Nido dichoso!
Es, en verdad, muy hermoso,
pero algo falta aquí dentro.—

Dios, sin duda, nos oía
y al ver nuestras ilusiones
quiso nuestros corazones
llenar de santa alegría;

y entre el mágico arrebol
de nuestro sueño divino
á hacernos compañía vino
un querubín como un sol.

Traía en su rostro impresos
de la Gloria los fulgores
y al contemplar sus primores
nos lo comimos á besos.

De ventura y de poesía
inundóse nuestro nido.
¡Es que aquel sér tan querido
en cielo lo convertía!

—¡Es nuestra hija muy bella!
¡Es un ángel verdadero!
—decir solíamos.—Pero
¿qué va á hacer solita ella?

Sin tener con quien jugar
¡cuánto se va á entristecer!
¡Oscura cárcel va á ser
para ella nuestro hogar!—

Aspiración tan sincera
Dios también oírla quiso
y al poco del paraíso
le mandó una compañera;

otro ángel hechicero
que mil gracias atesora,
alegre como la aurora
y hermoso como un lucero.

Y juntas las dos están
en un dichoso vivir.
¡Cuánto nos hacen sufrir!
¡Cuánta alegría nos dan!

Por ellas sólo vivimos;
en ellas sólo pensamos;

cuando ellas lloran, lloramos,
cuando ellas ríen, reímos.

¡Dulce nido, puros seres
todo inocencia y candor!
¡Santo venero de amor
y de inefables placeres!

Tanto bien, esposa mía,
no lo pudimos soñar.
¡Por eso asusta el pensar
que se desvanezca un día!

¿Pero á qué turbar la calma
con presagios de negrura,
cuando el sol de la ventura
llena de luces el alma?

De la dicha disfrutemos
de nuestro hogar bendecido.
¿No soñábamos un nido?
¡Pues formado lo tenemos!

El porvenir... ya vendrá
con lo que quiera traer.
Dios sabe lo que ha de ser
¡y lo que ha de ser, será!



PARTÍCULAS

I

Cuando sopla el huracán,
 las flores que encuentra al paso
 las destroza... ¡pero deja
 las espinas en el tallo!

De igual manera obra el tiempo
 con el corazón humano.
 Le quita lo que le alegra,
 ¡le deja lo que hace daño!

II

Cuando corro anhelante
 tras una dicha,
 la realidad me dice
 con voz sombría:
 —Aunque la ves hermosa,
 no la persigas:
 ¡no corras, insensato,
 tras la mentira!

III

En mi corazón no anidan
 ni venganzas ni rencores,

porque es un puerto cerrado
para las malas pasiones.
Aún en los días de prueba,
quien á su fondo se asome
no podrá encontrar en él
más que sentimientos nobles;
que es honrado y generoso,
y es el bien su único norte,
y no hay traicion que no olvide
ni ofensa que no perdone.

IV

—Ven, me dijo el placer al verme un día
de honda tristeza lleno;
ven á mis brazos, si en mis brazos quieres
secar tu llanto y olvidar tus duelos.—
Mas yo, malhumorado,
volví la espalda y me alejé en silencio.
¿Qué me importa el placer? ¡Yo no concibo
dicha más grande que vivir sufriendo!



VERSOS DE BODA

A MI COMPAÑERO GINÉS MÁIQUEZ

¿Con que te casas, Ginés?
¿Y con Gloria? ¡Pues no es nada!
Se nota al punto que es
una elección acertada.

Guapa, modesta, hacendosa,
colma tus aspiraciones.
¡Es una mujer tu esposa
que vale muchos millones!

En este divino instante,
¡qué horizontes tan risueños!...
¡Como que tienes delante
á la Gloria de tus sueños!

Yo escribiendo en verso y prosa
no encontré un laurel siquiera
y tú—¡suerte prodigiosa!—
consigues la Gloria entera.

Eso es ser afortunado,
porque logras en el suelo

lo que Dios ha reservado
á los demás en el cielo.

De tu Gloria al lado vive
hasta que mueras de viejo,
y de corazón recibe
un abrazo y un consejo:—

Adórala siempre así,
con el mismo noble afán,
por ella... y también por tí
y los que luego vendrán;

¡que la que al ser nuestra esposa
colma nuestras ilusiones,
es una alhaja preciosa
que vale muchos millones!



AL SIGLO XX

Ni en octavas soñolientas,
 ni en décimas rimbombantes,
 ni en tercetos ampulosos,
 pretendo, ¡oh siglo!, cantarte;
 dá gracias, ya que te canto,
 que lo hága en mal romance,
 porque tú no te mereces
 que los sesos me devane
 rebuscando en honor tuyo
 ni siquiera un consonante.

Para hablarte de este modo
 tengo razones bastantes
 y á exponerlas voy al punto;
 con que... puedes prepararte.

Es la primera razón
 que eres hijo de tu padre,
 y aunque tú en eso no tienes,
 en verdad, arte ni parte,
 porque ninguno elegir
 puede padres cuando nace,
 te lo digo porque veo
 que tus acciones son tales
 que no desmienten en nada

lo malo de tu linaje.

Es más, juzgando imparcial
al difunto que heredaste,
pienso que tú solamente
recogiste en los pañales
sus vicios por toneladas,
sus virtudes por adarmes.

Es otra de las razones
que tengo para acusarte,
la de que el cetro del tiempo
en mal día lo empuñaste,
pues á tu infeliz reinado
diste principio en un martes,
como atestiguarlo al punto
puedo con el almanaque;
y aunque en realidad no eres
de eso tampoco el culpable,
no hay que esperar nada bueno
de tí, porque todos saben
que en bien el que mal empieza
es muy difícil que acabe.

¿Y á qué alegar más razones
contra tí, cuando no hay nadie
que no las conozca todas
y cual mereces te trate?

Yo hubiera querido, ¡oh siglo!,
con entusiasmo cantarte,
por ser tan fecundo en bienes
como el Abril en rosales,
pero mi noble deseo
no ha podido realizarse,

porque has salido peor
que un miura de coraje.

Yo creí, cuando en el trono
de las horas te elevaste,
que ante tí se acabarían
en la tierra las maldades,
pero que me equivoqué
salta á la vista al instante,
y confieso que he sentido
esta vez equivocarme.

Y cual yo lo sentirán
cuantos de la paz amantes
miren que al trabajo roban
los obreros á millares,
para que en luchas insanas
viertan á ríos la sangre;
cuantos ven que el necio audaz
camino en el mundo se abre,
mientras que hombres de talento
de la oscuridad no salen;
cuantos observan que tiene
el criminal quien lo ampare,
en tanto que la honradez
padece y sucumbe de hambre;
cuantos notan que los vicios
van por el mundo triunfantes
y apenas si en las buhardillas
la virtud puede albergarse;
cuantos contemplan, en fin,
cómo crece por instantes
el torpe materialismo

que á la sociedad invade,
como una ola de cieno
que acabará por tragarle,
si es que Dios no hace un milagro
ó ella lucha por salvarse.

¡Oh siglo veinte! Has podido
de laureles coronarte
aplastando con tus piés
todas las iniquidades,
mas no solo has tolerado
que sigan lo mismo que antes,
sino que en todo demuestras
que hacerlas quieres más grandes.

Por eso yo no te canto
como quisiera cantarte,
y estos versos que te escribo
los escribo, por si alguien
cuando tú mueras los lee,
que atestigüe este romance
que te saqué por la pinta,
¡que no pudiste engañarme!



EL QUIJOTE

Es un libro sin rival,
en su género el mejor,
que no hizo rico á su autor...
¡pero lo hizo inmortal!

Tan raro mérito entraña
la historia del pobre loco,
que aunque España vale hoy poco
¡grande aun por ella es España!

Historia hermosa, en verdad,
que gran ingenio demuestra,
pues esa obra maestra
retrata la humanidad.

Aunque otra cosa se crea,
se reduce el mundo entero
al andante caballero,
Sancho Panza y Dulcinea.

Es un libro singular
que nunca podrá morir,

porque á la vez que reir
hace á los hombres llorar.

Conjunto de risa y llanto,
mezcla de burla y dolor,
que dió más fama á su autor
que su heroismo en Lepanto!

Por ese libro genial
nos envidia gente extraña
¡y el mundo el nombre de España
recorre en marcha triunfal!



¡POR ELLAS!...

¿Que por qué trabajo
de día y de noche?
Porque tengo dos hijas, dos ángeles,
que son mis amores;

y lucho por ellas
sin tregua, lo mismo
que la hormiga que arrastra afanosa
su grano de trigo.

Yo vine á la tierra
cual muchos vinieron,
sin tener de heredar ni esperanza
á padres ni abuelos,

y el pan de los míos
lo sudo y lo gano
en el yunque bendito y terrible
del duro trabajo.

Cuando apenas lanza
sus luces la aurora,
el pan nuestro de todos los días
me piden sus bocas;



y yo se los busco
y yo se los llevo
¡y me pagan después mis afanes
con risas y besos!

A veces me asaltan
horribles ideas...
¡Ay! si el pan que me piden, Dios mío,
llevar no pudiera!...

Y siento en el alma
torturas atroces
¡y parece que en sombras eternas
me envuelve la noche!

¡Me aterra pensarlo!
¡Será un gran martirio
no poder, cuando pidan hambrientos,
dar pan á los hijos!...

Por eso trabajo
de día y de noche,
porque pan tengan siempre los ángeles
que son mis amores.

Es ruda la lucha,
mas yo no me rindo...
¡Lo que quiero es que nunca me falte
mi grano de trigo!



MI SANTO

—oto—

Cuando comienza la nieve
á liquidarse en la sierra,
y nuestra madre la tierra,
demostrando su vigor,
de los valles solitarios
las tristes nieblas arroja,
y al árbol cubre de hoja
y al gérmen convierte en flor;

cuando en los ocultos nidos
se escuchan nuevos cantares
y los blancos azahares
su perfume al viento dan;
cuando los secos arroyos,
otra vez llenos, la vida
como savia bendecida
reparten por donde van;

cuando la fuerza potente
que á los mundos fecundiza
hasta las rocas tapiza
con un manto de verdor,

y en el fondo de los valles
y en las cumbres de las lomas,
séres y plantas y aromas
forman un himno al Creador;

cuando del rígido invierno
que nos azotó inclemente,
el recuerdo solamente
nos queda de lo que fué;
cuando, en fin, la primavera
no hay verjel que no matice...
el almanaque nos dice
que ha llegado San José.

Bien en verdad se merece,
por su gloria manifiesta,
que se celebre su fiesta
con gala primaveral;
que al llegar se le reciba,
pues son tales sus blasones,
entre vivas explosiones
de alegría universal.

Es él de todos los santos
á quien tengo desde niño
más arraigado cariño,
sin duda por la razón
de que cuando al mundo vine
y á la iglesia me llevaron,
el nombre me adjudicaron
de tan egregio varón.

Pero en conciencia lo digo:
si cariño le profeso
no es solamente por eso;
sin llamarme como él
igualmente le quisiera
y lo mismo le cantara,
por su prodigiosa vara,
de virtud símbolo fiel.

Y también otro motivo
á mis ojos lo enaltece
y por el cual se merece
aun más respeto y amor:
San José, á quien hoy aclama
la cristiandad conmovida,
¿sabeis lo que fué en la vida?
¡Un pobre trabajador!

Fué un obrero y, como todos,
con el sudor de su frente
ganaba el pan diariamente
que se había de comer;
mas trabajando hacer supo,
la virtud trocando en ciencia,
un altar de su conciencia
y un templo de su taller.

Por eso ante la bendita
imágen del santo anciano,
solo acierta el labio humano
sus virtudes á ensalzar;

¿y cómo no, si es modelo
de candor y de pureza,
y hasta en su misma grandeza
su humildad se ve brillar?

Dios lo eligió para esposo
de la celestial María,
de la que en su seno había
de llevar al Redentor;
y pues el Eterno mismo
distinguió á San José tanto,
no hay que dudar que mi santo
es de todos el mejor.

Su día es de regocijo,
y aunque llueva y aunque truene
cuando el Patriarca viene
su influencia siempre se ve;
y es que en todos los hogares
se encuentra su nombre escrito,
¿pues dónde no habrá un Pepito,
una Pepa, un don José?...

Es día de serenatas
á las Pepitas gentiles,
que en sus dichosos abriles
abren su alma al amor,
disipando en la alta noche
al par que el sueño la murria,
la guitarra y la bandurria
con su acento halagador.

Es mi santo mucho santo,
con orgullo lo confieso,
y no es de extrañar por eso
que su fiesta al celebrar,
desfilen tantas tortadas
que á los golosos seducen,
y de tarjetas se crucen
no digo cientos, la mar.

No fué San José poeta,
ni guerrero, ni monarca;
fué un sencillo patriarca,
fué un simple trabajador;
y, sin embargo, su gloria
inmensa y potente brilla
y á la de aquéllos humilla
con su claro resplandor.

Como él trabajando vivo
para ganar mi sustento;
su nombre llevo contento
y á su altar acudo fiel;
y en verdad, si así no fuera
un mal José yo sería,
¡y hasta indigno me creería
de llamarme como él!



LA BATALLA DE FLORES

BOCETO

Á PAGO MIRALLES

La mujer y la flor entran en lucha;
de presenciarse es digna la batalla,
que la flor tiene aromas y colores
y la mujer sonrisas y miradas.

La flor hacia la hermosa se dirige
como una mariposa perfumada;
rendirla quiere con su rica esencia,
con sus bellos matices deslumbrarla.

La hermosa le hace frente sonriendo;
de la flor no le teme á la arrogancia;
á la que sabe esclavizar los hombres
para vencer la flor le sobran armas.

La deja que se acerque; con presteza
logra su nivea mano aprisionarla
y en el pecho ó en los rizos se la pone,
atractivo mayor dando á sus gracias.

Y ¡oh prodigio sin par! La flor vencida,

que de la hermosa prisionera se halla,
en vez de entristecerse, luce entonces
sus vívidos colores más ufana.

La mujer y la flor así combaten,
sin odio, sin furor... ¡Feliz batalla
que sólo deja al terminar un rastro
de esencias puras y emociones gratas!



MEDITACIÓN

¡Señor! Sombras siniestras el horizonte enlutan;
mi espíritu está lleno de angustia y confusión.
Ante mis ojos flota la imagen de la muerte
y ante ella acongojado se hiela el corazón.

He de morir, Dios mío; es ley inexorable
que para todos rige y ha de cumplirse en mí.
Yo sé que ha de tornarse mi cuerpo en ruín ceniza;
lo sé y por eso exclamo: ¡Señor! ¿por qué nací?

¿Por qué la inteligencia pusiste en mi cerebro
para en la negra tumba su resplandor matar?
¿Por qué en el gran torrente del mundo me lanzaste
para en la nada luego mi vida sepultar?

¿Por qué me distes ojos para que admire extático
la máquina asombrosa de la sin par creación,
si todo cuanto miran ha de borrarse ante ellos
como si todo fuera quimérica ficción?

¿Por qué me has dado oídos para escuchar los dulces
suspiros de la lira, los gritos de la mar,

los cantos de las aves, los ecos de los bosques,
si en un silencio eterno después han de quedar?

¿Por qué, Señor, coronas mi frente de ilusiones
y enciendes en mi pecho la hoguera del amor,
si cuanto anhelo y amo, si cuanto finjo y toco,
se aleja y desvanece cual gasa de vapor?

Para en la nada hundirnos, Señor, ¿á qué nos creas?
¿A qué este juego horrible de ser y de no ser?
¿A qué soñar con dichas que no han de realizarse?
¿A qué este afán de gloria? ¿A qué este padecer?

Mi mente se anonada; mi pecho se conturba;
el hombre es un pigmeo, un gusanillo ruin;
en su soberbia, todo pretende descifrarlo
é ignora su principio y no sabe su fin.

Señor, yo reconozco tu inmenso poderío,
tu gloria inmarchitable, tu excelsa majestad,
y á Tí volar deseo; mas tiemblo por si caigo
en insondable abismo de eterna oscuridad.

¡Soñar ¡oh Dios! contigo y no poder hallarte!...
¡Pensar en tu grandeza y no llegar á Tí!...
¿Existe para el hombre mayor tormento acaso?
Si no he de verte nunca, Señor, ¿á qué nací?

Perdona ¡oh Dios! perdona, mi audacia, mi soberbia;
perdona, si con labio blasfemo te injurié.
Lo que la ciencia vana del mundo no resuelve,
diciéndomelo á gritos está siempre la fe.

Es ella quien me alienta en medio de mis dudas;
la que me dice á solas que al fin te he de encontrar...
¿Y cómo no escucharla? ¿Y cómo no seguirla?
¡Es ciega, pero sabe la mente iluminar!

¿Será, tal vez, un sueño lo que la fe me dice?
¡En sueños se ve siempre brillar el porvenir!
Pero aunque sueño sea lo que la fe me dicta,
¡soñando que he de verte, Señor, quiero morir!



APÉNDICE

CEMENTERIO

ARTÍSTICO - LITERARIO



1.º NOVIEMBRE

En el día consagrado á los muertos, los vivos acuden á los cementerios á llorar y depositar flores sobre las tumbas de los que duermen el tranquilo sueño de la eternidad.

El recuerdo es un misterioso lazo que une la muerte con la vida y por eso los que ya no son prolongan su existencia en la memoria y el corazón de los que aún están sobre la tierra.

Uno de los sentimientos más elevados del hombre es el de respetar á los muertos, pobres hojas caídas en el abismo sin fondo del sepulcro.

De ellos no quedan más que sus obras, unas buenas y otras malas, y ensalzar aquéllas y olvidar éstas es generosa acción que todos debemos cumplir.

Los muertos están fuera de la lucha ¿y qué valentía supone acometer al que no ha de defenderse?

Dejemos, pues, en paz á los que á nuestro juicio ni sintieron el bien ni tuvieron siquiera el noble afán de practicarlo; oremos y lloremos por aquellos otros que al emprender la eternal partida se llevaron con ellos

algún pedazo de nuestro corazón; y enaltezcamos la memoria de los que por sus obras son dignos de ser recordados, para estímulo y ejemplo de los que luchan por alguno de los hermosos ideales que embellecen la vida.

De todos modos, digamos siempre: ¡paz á los muertos!

*
* * *

Las gentes van camino del cementerio.

Yo, para unirme en espíritu á los muertos que aquí voy á recordar, no necesito ir al camposanto. Además, sería inútil. Los restos de algunos de ellos no reposan en aquel sagrado recinto; los restos de otros no se sabe dónde están...

Es un cementerio ideal el que yo voy á recorrer.

Entrad en él conmigo.

Algunos de los nombres de los muertos que en él están grabados, los conoceréis seguramente todos.

Leamos:

Salzillo... Romea... Fernández Caballero... Selgas y Balart... Gran escultor; gran actor; gran músico; grandes poetas. Sus nombres gloriosos fulguran como astros de resplandor eterno.

Descubrámonos ante ellos y sigamos leyendo.

Otro nombre: *Martínez Monroy*. El genial poeta murió antes de cumplir los veinticinco años. Cartagena le llora todavía. Castelar fué su biógrafo; Hartzenbusch su crítico. ¿Qué mayor gloria?

Más nombres:

Antonio Arnao. Fué un buen poeta y uno de los hombres que con más fe lucharon por la implantación

en España del drama lírico. También fué el primero que tendió la mano á Selgas para sacarlo de la oscuridad. Esa acción hay que recordarla siempre, por lo digna que es de ser imitada.

D. Lope Gisbert. Buen político, buen hacendista, buen poeta y buen escritor. Además fué un hombre de bien. En Cartagena le dedicaron una calle por haber contribuido eficazmente á la construcción del puerto y al derribo de las murallas. Lorca le nombró hijo adoptivo por los servicios que le prestó. En Murcia, donde nació, apenas si nos acordamos de él. Murió en Manila. ¡Qué lejos duerme de la Torre!

Serrano Alcazar. Político leal, abogado ilustre y poeta de grandes alientos. Pudo haber brillado más de lo que brilló. Se lo impidió su modestia.

Rodolfo Carles. ¡Parece mentira que la pluma que escribió los «Doce murcianos importantes» y las «Cosas del otro jueves» fuera la misma que redactaba expedientes en la Administración de Hacienda! ¡Pobre D. Rodolfo!

Díaz Cassou. Historiador de los Obispos de Cartagena y de las procesiones de Murcia. Fué un enamorado de los usos y costumbres de la huerta, cuyas tradiciones ha recogido en sus libros. De Díaz Cassou se puede decir lo mismo que de Serrano Alcazar: debió brillar más.

Martínez Palao. Sus artículos sobre educación merecen ser tenidos en consideración por cuantos á la enseñanza se dedican. ¡Qué pocos maestros de escuela hay como lo era él!

Juan Antonio Soriano. Es el autor del popular sai-

nete huertano «Cá presona pa su ese» y de varias fábulas muy ingeniosas. Bastante antes de morir perdió la razón; lo que equivale á decir que murió dos veces.

Pío Tejera. ¡Qué lástima de hombre! ¡Cuánto valía! Su «Biblioteca del murciano», cuya publicación esperamos con ansia, será acaso lo único que quede de su privilegiado ingenio. ¡Y cuántas obras de mérito pudo haber dejado!

Gabriel Baleriola. Gran periodista. Fué, sin duda, el murciano que con más tesón trabajó para conseguir la construcción de las obras de defensa contra las inundaciones en el Valle del Segura.

D. Javier Fuentes. Nació en Madrid, pero amó á Murcia como si hubiera nacido en ella. Sus libros lo atestiguan.

José Benavente. Poeta malogrado. Murió á los veintitres años. ¡Hermosa edad para morir!

Purificación Pérez Gayá. Otra flor de un día. La delicada poetisa dejó inolvidables muestras de su peregrino ingenio.

Virgilio Guirao. Todavía leo con gusto sus inspiradas poesías. Si estuvieran recogidas en un tomo brillarían más.

Martínez Rebollo. ¡Pobre Eduardo! Sucumbió á los treinta y ocho años, víctima de una pulmonía. Dejó un libro de poesías titulado «Hojarasca», los poemitas «La feria de Murcia» y «Las fiestas del Carmen» y la leyenda «Fajardos y Manueles».

José Martínez Albacete. Otro malogrado. Nació en Alhama, brilló en Madrid y murió tísico en Murcia á los veinte y seis años de edad. Fué un periodista ba-

tallador y un poeta inspirado. Publicó tres libros de versos titulados «Cuadros», «Invernales» y «Estrofas». En Madrid fué redactor del «Diario Universal» y colaboró en «El Imparcial», «España Nueva», «Nuevo Mundo» y otros periódicos.

Aún quedan nombres; ved:

López Almagro, el autor de «Canto de amor; *Espinosa*, el autor de «Moraima», y otros músicos notables como *Giménez*, *Julián Calvo*, *Acisclo Díaz* y *Mariano García*; *Germán Hernández* y *Arroyo*, pintores; *Almagro*, fotógrafo; el lorquino *Ruiz Llamas* y el jumillano *Martín Guardiola*, poetas; *Pedro Alcántara Berenguer*, escritor y hombre de ciencia; y otros, otros muchos...

Recordémosles á todos, á unos con cariño, á otros con admiración, pero á todos con igual respeto, porque todos ellos lucharon por cosas grandes, por algo sublime.

Por eso son dignos de que evoquemos sus nombres al evocar también los de *Saavedra Fajardo*, *Cascales*, *Polo de Medina*, *Claramonte*, *Vergaz*, *Villacis*, *Maiquez*, *Ruiperez*, *Valdivieso* y tantos otros ilustres hijos de Murcia y su provincia.

Hoy es el día de los muertos. ¿Qué menos podemos hacer por ellos que recordarlos?

¡Descansen en paz!... Nosotros volvamos á la vida.

José Tolosa Hernández.



“PASIONARIAS,,



CARTA DE RUEDA ⁽¹⁾



Mi querido Tolosa: Recibo y leo en el acto, sus *Pasionarias*. Me gustan y algunas me han conmovido. ¿Por qué? porque son sinceras y honradas. Todas las frases del notable *album* de juicios que va detrás de las poesías, son merecidas.

Hay en V. *un verdadero poeta*. Estas poesías me han gustado más que otras de V. Al tratar esos temas eternos de las *Siete Palabras* y los *Siete Dolores* dentro de una forma sencillísima, *como para rezada en la iglesia*, ha estado V. tan feliz, tan revestido de formalidad, tan justo de emoción, de precisión, que no sé cómo decirle que V. ha entrado en la Viña Sagrada y se ha traído en las manos catorce racimos maduros. Me han herido de un modo particular esas catorce breves composiciones, amén el prólogo, en el cual revolotea V. en derredor de una inmensa frase síntesis de Salomón. En fin; esos catorce temas, con su prólo-

(1) El insigne Rueda no pierde nada con que yo inserte aquí esta carta; en cambio yo me honro muchísimo publicándola.

go, que parecerá á los demás cosa hasta acaso baladí, á mí me han *poseido del todo* y le envió á V. un fervoroso ¡Salve, poeta!

Seguro estoy de que hace falta un tomo para poder decirle todo lo que en mí despierta libro tan breve y precioso como el de V., y en vista de que no puedo transmitirle mis ideas, bástele saber que más que todos los sermones que he oído, menos uno de Manterola, otro del P. Reyes y una sola imágen bellísima del P. Calpena, me ha conmovido y hecho ver al inmortal Maestro de Galilea, ese puñado de versos de V. En lo que me conmovió de los predicadores antes citados, no procuraron ellos quitar, despojar de su carne á Aquel á quien Dios mismo se la dió; y si Dios le dió su carne á Jesús, no hay por qué no contar con ella al tratar del Maestro de los Dolores Humanos, cuando un predicador aspira á conmover. Manterola, por la sublime evocación de Cristo, de *todo Él, con su carne llena de dolores y tormentos*, nos hizo á todo un público, un día, una emoción tal, que yo, como V. ve, no la he olvidado.

Pues al leer yo esas *Siete Palabras* de V. y esos *Siete Dolores*, he visto á Jesús y he visto á su María, y he sentido con V. más que con todo lo que acabo de oír esta Semana Santa.

Supongamos que V. los ha evocado y que yo valiéndome de un gran impulso, los he acabado de poner delante de mí; pero, aunque así fuera, V. me ha dado el movimiento inicial, tanto, que yo, que ahora, y jamás antes de ahora, podría escribir una poesía titulada *Cristo en la Cruz*, y que materialmente se viera, hasta

dar *algo de miedo* por la proximidad de la figura, ahora mismo lo veo... lo toco... es decir, lo beso.

.....
Reciba mi enhorabuena purísima.

Mucho le admira y le quiere,

Salvador Rueda.

MADRID 8 ABRIL 1907



Á PEPE TOLOSA ⁽¹⁾

—*o*—

Cuando Dios pobló de gente
el mundo, después del caos,
exclamó resueltamente:
«¡Creced y multiplicaos.»

Sin duda no te gustó
la imposición soberana
y dijiste:—«¿Crecer, yo?
¡Bah, pues no me dá la gana!»

Y tú, que siempre has tenido
firmeza en tus decisiones,
ni siquiera has consentido
un refuerzo en los tacones;

dándote tan buena traza
que, al fin, lograste tu empeño,
y, al revés de Vital Aza,
eres grande... por pequeño.

Mas si el «creced» no acogiste
con el respeto debido,

(1) Publico esta graciosa y delicada poesía en agradecimiento á su autor por celebrar en ella el nacimiento de mi primera hija.

al «multiplicáos» diste
acatamiento cumplido;

sin duda para que Dios
contigo no se enfadara,
por desatender los dos
preceptos que te encargara.

No, no has sido perezoso
en cumplir ese deber.
¡Padre ya! ¡Si es asombroso!
¡No te lo van á creer!

Te valdrá más de una gresca
porque muy mal se concilia...
¡la figura gigantesca
¡tú! del padre de familia!

Reñirás á la criatura,
si llega ese grave paso;
pero ¡cá!, se me figura
que te va á hacer poco caso.

Desplegarás tu rigor,
pero, inútil energía...
no por nada, sino por
que eres joven todavía.

Va á ser para tí un aprieto.
Yo, que soy joven también,
ya ves como no me meto
tan pronto en ese belén.

Pero tu dicha hago mía
y tengo aquí que exclamar:
Goza la santa alegría
del angel que entra en tu hogar;

siente todo lo que encierra
de poesía y de consuelo;
tras el amor de la tierra
canta hoy el amor del cielo;

prepara tu alma sentida
á las más dulces bonanzas,
y entra en una nueva vida
de ilusiones y esperanzas...

Y dime, antes de acabar:
¿te cuesta mucho dinero?
¿vino por tierra ó por mar?
¿es nacional ó extranjero?

¿qué número ó marca tiene?
¿es de Madrid ó Londón?
Ya, después, si me conviene,
me darás la dirección.

Mariano Perni García.

NOVIEMBRE 1900



ÍNDICE



	<u>Páginas</u>
Dedicatoria.	3
Al lector	5
Canto de amor.—A Murcia.	7
Mal genio	11
Envidia...	15
Confetti.	19
Noche trágica.—¡Santomera!	21
Amorosa.	25
Perdón..	27
Íntima.	29
Al empezar el año.	31
El amor.	33
¡No sé fingir!	35
Fernández Caballero.	37
A mi mujer.	41
Partículas	45
Versos de boda.	47
Al siglo XX.	49
El Quijote	53
¡Por ellas!...	55
Mi santo.	57
Batalla de flores	63
Meditación.	65

APÉNDICE



Cementerio artístico-literario.	71
«Pasionarias».—Carta de Rueda.	76
A Pepe Tolosa.	79

4/5
062

DEL MISMO AUTOR

Mis primeros versos, con un prólogo de D. Pascual Martínez Palao.—Murcia, 1893.

Más versos, con un prólogo de Mariano Perní García.—Murcia, 1894.

Nuevos versos.—Murcia, 1896.

Versos, con un prólogo de José Frutos Baeza.—Murcia, 1899.

Granos de arena (colección de versos). — Murcia, 1902.

Átomos (colección de versos).—Murcia, 1905.

Pasionarias (poesías religiosas).—Murcia, 1907.



Precio: UNA PESETA